

La Ilustración Artística

AÑO XXXV

← BARCELONA 13 DE NOVIEMBRE DE 1916 →

NÚM. 1.820

LA GUERRA EUROPEA. (Fotografía remitida por Carlos Trampus.)



Mr. H. C. Mitchel, capitán del vapor «Stephano», con su esposa y su hijo a su llegada a Nueva York, después de haber sido echado aquel buque a pique por el submarino alemán «U. 53»

El día 7 de octubre último llegó al puerto norteamericano de Newport el submarino alemán «U. 53» que diecisiete días antes había salido del puerto alemán de Wilhelmshaven. Después de haber permanecido en Newport dos horas, sin repostarse de combustible ni de ningún otro material, hizose de nuevo a la mar y, en combinación, según parece, con otros dos submarinos, echó a pique ocho grandes buques, entre ellos el inglés *Stephano*, que iba de Terranova a Nueva York y cuyos pasajeros y tripulantes fueron salvados por un destructor norteamericano.



También Cronos detiene su curso,
de mi cutis al ver la frescura,
desde que uso la **Crema** y los **Polvos**,
el **Agua** y el **Jabón PECA-CURA**.

Jabón, 1'25; Crema, 1'75; Polvos, 2; Agua cutánea, 5 ptas.

Creación de la Casa **CORTÉS HERMANOS**

BARCELONA

MUEBLES de junco y médula fina

MARCA

ME PNE

REGISTRADA

Fábrica sin sucursal



Paseo de Gracia, 115; Barcelona. «Manufacture Parisienne»



MÁGICO

Renaud Germain
PERFUMISTAS

Nuevos extractos para el pañuelo
MÁGICO-LABERINTO

Perfumes suaves é intensos

Barcelona.

Renaud Germain



LABERINTO

Marcas las más acreditadas
en la Península, Extranjero y Ultramar
EL CIERVO y MANOC
EL LEÓN de J. Samsó
EL PERIQUITO
de C. Massó
Clases superiores y
especiales para
el Pinguino
(Filipinas)

ESPECIALIDAD EN NAIPES OPACOS

Teléfono 1708

Dirección telegráfica:

SAMOCA

NAIPES COMAS

FINOS
DE HILO Y UNA HOJA
— DE LA —
Fábrica movida por electromotores
ANTIGUA CASA **Vda. de A. Comas** Casa fundada en 1797
SEBASTIÁN COMAS Y RICART
BARCELONA.—Galle de Lauria, núm. 4

CANTARES POPULARES Y LITERARIOS

RECOPILADOS POR D. MELCHOR DE PALAU

Un tomo de 374 págs., 5 pesetas para los subscriptores a esta ILUSTRACIÓN

HISTORIA NATURAL

NUEVA EDICION

CUIDADOSAMENTE CORREGIDA É ILUSTRADA CON NUMEROSOS
GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

DIVISION DE LA OBRA

ANTROPOLOGIA, por el Dr. Topinart, corregida y ampliada con nuevos datos etnográficos tomados de la obra del profesor F. Ratzel y otros. — 1 tomo.

ZOOLOGIA, por el Dr. C. Claus, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena, traducida por el Dr. D. Luis de Góngora, de la quinta edición alemana. — 6 tomos. A fin de que el público comprenda la importancia de esta obra, sólo diremos que de ella se han hecho NUEVE ediciones en alemán, y que ha sido traducida al FRANCÉS, al INGLÉS, al RUSO y al ITALIANO.

BOTÁNICA, con inclusión de la GEOGRA-

FÍA BOTÁNICA, por Odón de Buen, profusamente ilustrada.

MINERALOGÍA, por el Dr. Gustavo Ischermak, catedrático de la Universidad de Viena. Traducción anotada por D. Francisco Quiroga, catedrático de la Universidad Central.

GEOLOGIA, por Archibaldo Geikie, Ll. D., F. R. S., director general de la comisión geológica de Irlanda y de la de Escocia, y del Museo de Geología práctica de Londres. Traducción anotada con interesantes datos españoles por D. Salvador Calderón, catedrático de la Universidad Central.

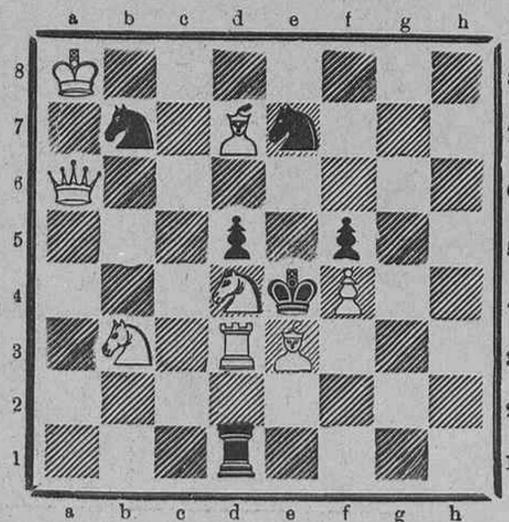
Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su genero han visto la luz en Europa, ilustrada con miles de preciosos grabados que representan fielmente la mayor parte de las especies de los tres reinos de la naturaleza, y con una colección de magníficas cromolitografías. — 13 tomos, elegantemente encuadernados con canto dorado. Se vende al precio de 5 pesetas uno.

Montaner y Simón, editores.—BARCELONA

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 704, POR A. MOSELY

NEGRAS (6 PIEZAS)



BLANCAS (8 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 703, POR N. NELSON

1. Tf1-a1.

La Ilustración Artística



Año XXXV

BARCELONA 13 DE NOVIEMBRE DE 1916

Núm. 1.820

BARCELONA - GALERÍAS LAYETANAS



MARIA TERESA, cuadro de José Pinazo Martínez
(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. - *El camino de la vida*, por Angel Guerra. - *La guerra europea*. - *Madrid. Notas de actualidad*. - *El abuelo*, cuento de A. Dourliac, ilustrado por J. Basté. - *El fondo del alma*, por José Pablo Rivas. - *Madrid. Presentación de credenciales del primer embajador de la República Argentina en España*. - *Melilla. Exposición de pinturas de José M. de Burgos*. - *Libros enviados a esta Redacción*.

Grabados. - *María Teresa*; *La princesita de los pies descalzos*; *En la pradera*; *Valenciana*; *Magdalena*; *La de la rosa en los labios*, cuadros de José Pinazo Martínez. - *La guerra europea*. - *París. El día de Todos los Santos*. - *Recuerdo a las víctimas del naufragio del transatlántico «Titánico»*, escultura de Sir José Brook. - *Madrid. Notas de actualidad*. - *El celebrado pintor José Pinazo*. - *Dr. Marico M. Avellaneta*. - *Galerías de Llobet*; *San Esteban de Navarres*, cuadros de Domingo Soler. - *Melilla. Exposición de pinturas de José M. de Burgos*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Después de haber sido actualidad las castañeras, con las fiestas de Santos y Difuntos vinieron a serlo las castañas.

Siempre quisiera yo saber por qué, a propósito de Difuntos, son las castañas un tema favorito, y por qué, también en la misma fecha luctuosa, ciertos dulces llamados *huesos de Santos* se ostentan en todas las confiterías y se consumen en desproporcionadas cantidades.

Hay que confesar que, por lo menos, es lúgubre eso de dar a un artículo de confitería, forma de canilla humana, y pensar que nos comemos un hueso, aunque sea de Santo, no deja de causar repeluzno.

Tampoco será fácil discernir por qué, en las Navidades, que ya se acercan, ha de ser obligado el turrón, con sus incrustaciones de almendra, o su compacta masa de avellana tostada o yema de huevo alternando con coco. ¿Por qué, en esos días en que vino al mundo el Salvador, y no en otros, ha de ser cuando se emborrache con caña a los pavos inofensivos, y después se les retuerza el rojío pescuezo, y se les quiten los sabrosos menudos y se les atasque la cavidad con pasas, pan rallado, huevo y piñones, y se les ase, y vayan a honrar las mesas de familia? ¿Por qué también ha de existir relación estrecha entre los fastos del Portal y del Pesebre, y la estrella y los Magos, y el besugo del Cantábrico y los dátiles herberiscos y el toledano mazapán?

Continuando la serie de las preguntas, será curioso indagar la causa de que, en Carnavales, la sartén críe rosas, que así se llama la linda pieza de fritaría que en Carnavales he visto comer y he comido, unida a las famosísimas «orejas de fraile», y, semanas después, a la monumental *mona de Pascua*?

El origen de estas costumbres debe de perderse en la consabida noche de los tiempos, que tantas cosas esconde en su negro tul. Yo declaro que muchas de las golosinas que en Navidad se comen, lo mismo las comería en cualquier época del año, y no veo razón para que se limite su uso a determinadas festividades.

Lo que cada día aumenta, es el adorno de los cementerios. Es indudable que se trata de una costumbre muy reciente. Antaño, no se les ponía a los muertos más que cirios y alguna que otra lápida conmemorativa. Poco a poco, nació esta nueva devoción, este sentido recuerdo que se manifiesta en flores; sobre todo, en flores.

Las flores han llegado a ser una industria - no diré floreciente, parecería redundancia -, pero sí importantísima. Hay quien gasta pródigamente en florecer una tumba, y en su casa no tiene ni una maceta. Las tumbas son ya pequeños jardines, y el día de Difuntos, los cementerios están como salas de baile, a fuerza de luces y flores.

La muerte procura sonreír, procura no ser el clásico espantajo de la Edad Media... Sus terrores se guardan en el fondo de la conciencia: por fuera, parece hasta amable a fuerza de crisantemos y de rosas, de coronas y ramilletes.

Nunca había sido tan cariñoso el testimonio de los que quedan aquí, para los de allá. Es preciso convenir en que se rezaba más, pero se adornaba menos. Cada tiempo tiene sus costumbres. En el campo se conservan las antiguas, y en vez de ramos fragantes y coronas entretrejidas de abalorio y pluma rizada, lo que consagran a los muertos son preces de la Iglesia, y esos cirios que en su amarillez llevan como un emblema del momento. Y el culto de los antepasados es lo único que no pierden ni un día los labradores. Podrá en otros terrenos vacilar su sencilla fe: nunca en éste, que es como la quinta esencia de las tradiciones y de los lazos familiares. «Por el alma de nuestros padres» dicen con acento de verdadero sentir, de verdadero recuerdo grave y respetuoso...

Y, cuando se han acercado estos días de conmemoración, la memoria devuelve la imagen de los que hemos querido y duermen el sueño eterno. Al bajar la cuesta de la vida, ya se tienen más amigos allá que acá! Parece que se han ido, pero no lo creáis; lo mismo que durante la vida terrenal, no los veis todos los días ni a todas horas, pero, de vez en cuando, dijérase que se acercan, y se desarrolla toda su historia, y los reconstruís como fueron física y moralmente, con sus hábitos, su modo de pensar, su peculiar donaire, que en otro tiempo os sazónó la vida; y vais rehaciendo su historia, y los anales de su amistad, y hasta, dígame todo, la de aquello en que creísteis que debieron proceder de otra suerte, y que, a su hora, os causó disgusto o desencanto. Sí: tal es, mil veces, la manera de ser humana, y nadie, o casi nadie, si lo examináis bien, será perfecto; y vosotros tampoco lo sois. No hicisteis siempre lo que hacer debíais, y ese tejido de la amistad, tan sutil y tan dorado, vosotros pudisteis desgarrarlo, hasta sin saberlo.

Tendéis sobre las deficiencias el velo de lo que fué, y recontáis sólo las cualidades y las gratitudes que no podéis olvidar. Sobre todo, se os presentan como visibles las condiciones especiales que determinan la individualidad, y la diferencian. Estas diferencias, que caracterizan, es lo que más nos atrae, porque un mundo compuesto de personas iguales o muy parecidas, sería la concreción del fastidio y del tedio.

En nada se parecían entre sí algunos de vuestros amigos, pero cada cual tuvo su nota peculiar, particularmente significativa. Y quien, como yo, cultiva aficiones múltiples, gustos de arte, de literatura, de sociedad; quien tiene hasta curiosidades intelectuales y psicológicas, puede encontrar en cada amigo una conversación distinta, que responda a tan diversas inclinaciones. Un amigo conocí, y ya no existe, con el cual siempre hablaba yo de porcelana y lozas, de platas repujadas y muebles laqueados, y el tema no se agotaba nunca, porque yo aprendía con él, y, sin necesidad de leer libros, me enteraba a fondo de tan encantadora ciencia. ¡Pobre conde de Superunda! Estaba, últimamente, ciego, y la desgracia no había conseguido alterar el excelente temple de su genio afable y vivo, casi diré infantil. Al contrario: desde la ceguera, deseaba más la compañía, y el trato, y se enteraba de cuanto en sociedad ocurría, describiéndolo después como si lo hubiese visto. Un día, a propósito de una boda, se discutió si el novio había vestido uniforme de Maestrante, o de oficial de caballería: y el conde, sin luz en las pupilas, intervino y decidió: «Llevaba uniforme militar, porque, al abrazarle, toqué los galones.»

Otro ciego aficionadísimo a la charla, fué, en los últimos años de su vida, el insigne escritor D. Juan Valera. No he visto hombre más resignado, que con mayor serenidad soportase privación tan cruel. Parecía su propio busto, con esa ceguera misteriosa y olímpica de los mármoles.

Hablaba de todo, y especialmente, de literatura, sin hacer nunca alusión, como no fuese muy de lejos y por modo humorístico, a su desgracia. Decía algún donaire, ático y fino, en que se ponía a sí propio en solfa, la solfa inteligente de los que conocen muy a fondo la vida y su vanidad. Su carácter no se agrió nunca, como se había agriado un tanto el de Menéndez y Pelayo, bajo el influjo de la enfermedad hepática que le mató, en edad todavía temprana para las letras. Valera parecía, con los años, adquirir más sana y riente filosofía. A veces, sin embargo, se sulfuraba, por cosas intelectuales o artísticas, sin egoísmo, Conmigo disputaba, por mejor decir, discutía mucho don Juan, pues teníamos criterios distintos, y yo era de otra generación, lo cual siempre abre zanja; mas no por eso, o tal vez a causa de eso, dejaba de desear mucho mi presencia en su tertulia, por las noches, y hasta bastante tarde, pues el antiguo tertuliano de la duquesa de Rivas había conservado la afición a trasnochar de los románticos, aun cuando no fuese él romántico ni por semejas. Algunas veces he oído discutir a qué escuela perteneciese don Juan, y siempre he dicho que se le podía definir por una negación: no era ni miaja romántico.

Lo era en cambio, honda y definitivamente, aquel otro amigo, casi hermano, que se llamó Emilio Castelar. Lo era como los escritores y oradores que indudablemente influyeron en su espiritual formación: Lamartine, Lammenais, Armando Carrel, y como el ídolo de su mente, Víctor Hugo. Y en vano intentaba hacerme compartir sus incondicionales admiraciones. Yo le admiraba a él, no tanto por sus vuelos de romanticismo, que venían cuando el romanticismo no sólo había muerto, sino resucitado en otra forma, que es morir dos veces, sino por otras cuali-

dades extraordinarias de su gran espíritu, y por su chispeante ingenio, y por su gracia castiza, pues, aparte de la escuela literaria, no he conocido nadie que así conservase el culto y el amor de la tradición y de las bellezas de nuestra literatura. Recuerdo la campaña que hizo para llevarme con frecuencia al Teatro Español, donde Vico representaba entonces *Traidor, inconfeso y mártir*, *El Alcalde de Zalamea*, y otras obras del mismo repertorio. Yo no solía ir, no porque no me encantasen estas joyas, que leía con frecuencia, sino por otras mil razones que hoy han desaparecido, naturalmente. A media luz el teatro; destartaladas las decoraciones; sucio el escenario; pésimamente vestidos los actores, y, a excepción de Vico, recitando su papel con un marmoneo insípido, sin calor ni alma, la ilusión desaparecía. Castelar suplía todas las faltas, por medio de un esfuerzo imaginativo; pero yo, o tenía menos imaginación o más exigencia, y salía de allí descorazonada. Vico mismo como todos saben, era un actor desigual, que a veces daba el escalofrío de lo sublime, y otras veces ni llegaba a lo concienzudo, porque representaba según sus nervios, según la concurrencia, según el éxito de las obras. Eso sí: cuando quería, era estremecedor. Y algunas veces, sin duda porque veía en su palco a Castelar, quiso, y nos subyugó por completo. El papel, tan sorprendente, del rey D. Sebastián, no creo que ya pueda volver a encarnarse así.

Cuando vivía Castelar, vivía también, llenándolo todo con su nombre, D. Antonio Cánovas del Castillo; y era de mis amigos mejores, más afectuosos. Le veía todo lo que cabe ver a un político de tal altura, que siempre anda ocupado, mareado, acosado por solicitantes y pedigüños de todas las marcas. Yo nada le pedía, sino su amistad, por aquello de que *l'amitié d'un grand homme est un bienfait des dieux*.

Y este beneficio lo logré plenamente, disfrutando de una de las conversaciones más sazonadas, honradas, educadoras, que cabe gozar en el mundo. Aquella conversación era oro en panal, era como un vino generoso y rancio, y hacía desfilir la historia ante mis ojos. Jamás tuvo aquel grande hombre el menor presentimiento de su fatal destino, a pesar del aviso siniestro que recibió, por cierto un día en que yo me sentaba a su mesa. Creo que nada presentía, fiado en su estrella y en las energías de su temple; pero los que le queríamos, sentíamos a veces ese ruido de alas gigantes que escucha Herodes en *Salomé*.

Aquella preciosa vida estaba jugada al azar de las pasiones furiosas, de los complots sombríos... Un día fatídico caería en la fosa abierta, insidiosa, bajo sus pasos... Y entre sus frecuentes donaires, recuerdo uno:

«Al día siguiente de mi muerte, habrá que alquilar balcones para ver lo que aquí pasa...»

Lo que pasó, más vale no recordarlo.

Todo este periodo, al pensar en los que ya no están con nosotros, se desarrolla triste, azaroso, con las decepciones y las humillaciones del desastre... La gran sombra de Cánovas parece alzarse, profetizándolo. Los mejores poetas son siempre los pesimistas. Los que esperan no aciertan tan a menudo. He ahí otro amigo que se ha ido, Francisco Giner, que confiaba en la imposibilidad de las guerras. Como al santo Obispo de Hipona, ha debido ensombrecer sus últimos días el espectáculo de la conflagración mundial. Para San Agustín, eran los bárbaros; para Giner, los ejércitos en lucha gigante. Creía Giner en un periodo, si no de paz y amor, por lo menos, de cordura y relativa concordia, en que el derecho se afirmase. Ya sabemos lo que ha sucedido; y tememos lo que aun puede suceder, y el porvenir se nos muestra encapotado y lóbrego. Con Giner no solía yo hablar de estas cosas, sino de la marcha de las letras y de algo de pedagogía, en que tanto tenía él que enseñarme.

En otros terrenos, no pensábamos lo mismo; pero se puede pensar diferente y sentir semejante. Giner fué, señaladamente, un educador del sentimiento.

Y otras amistades menos famosas, fueron también, a su hora, preciosas para mí. Y cuando llega esta melancólica estación del año, he aquí que el recuerdo, que me harían falta, que se renueva el dolor amortiguado de su pérdida. El mejor amigo, el que me trajo a este mundo, el que me vistió de huesos y de carne, el padre con el cual viví en tan completa cordialidad... Y no se piense que esto suceda siempre. pues no faltan de todo ejemplos... Serie eterna de despedidas, la vida, aunque sólo fuese por esto, tendría un sello de añoranza de otra que será mejor.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



EL CAMINO DE LA VIDA

POR ANGEL GUERRA



Como pintoresco, en verdad lo era el sitio que desde tiempo inmemorial llamábase *La Asomada*.

Era un altozano, coronado de castaños y en medio la casa labriega, de paredes blancas, de tejado rojo.

El valle iba abriéndose hacia el pueblo, asentado en la planicie, y allá en la angostura del fondo destacábase el altozano.

Imposible decir cómo resultaba mejor el paisaje para encanto de los ojos, si mirando desde arriba el pueblo tendido en la llanura, agrupadas las viviendas del pequeño caserío, surgiendo entre el verdor de los maizales, dominándolo maternalmente el erguido campanario de la iglesia; o si por el contrario contemplando desde abajo, entre las faldas de las montañas que allá en el fondo parecían cerrarse, los días de estío resplandecientes de sol y las tardes invernales cubiertas de niebla, aquel altozano con su casucha solitaria, blanca como una paloma, reposándose sobre el prado reverdecido.

Había a favor del altozano la paz del lugar, aquella soledad y aquel silencio que el caserío no podía disfrutar.

Y la casa, ¡qué encanto!

No era grande, como rústica casa de labranza. De dos pisos: arriba la vivienda, abajo las dependencias, la cocina, el cuarto de los aperos, el otro en que se almacenaban las cosechas.

Adosado a la pared, el alpendre en que se recogían por la noche las cuatro vacas que servían para el laboreo agrícola y para el regalo doméstico.

Detrás estaba la huerta, con unas higueras y unos manzanos en fila al borde de la tapia.

Delante, el pequeño jardín casero, con unos cuantos tiestos, combinando sus colores los claveles reventones con las rosas pálidas, contrastando los geranios sangrientos y las dalias azules, y aquella madre selva, fecunda en ramas y flores, que asaltaba la pared, trepando por ella y encuadraba como un festón de gloria el marco de la ventana.

Era ésta un mirador inapreciable. Desde ella, ¡qué vistas más espléndidas podían admirarse!

Acaso fuese un labriego tosco el que la construyera, sin más miras que poder atalayar el camino que cerca pasaba bajando desde las cumbres al pueblo para seguir siempre adelante, o respondiendo a la necesidad de resguardarse del viento destemplado que azotaba la otra parte de la casa.

Pero parecía que la imaginara un poeta para recreo de los ojos y reposo suspirador del espíritu, que se abría, como ella, sobre la campiña alegre y hacia el cielo de una claridad inmaculada.

* * *

Del pueblo a la casa del altozano no era corta la distancia. Uníalos un camino que por un lado trepaba escalonando las cumbres para internarse en la sierra, y por la otra parte continuaba por el llano hasta perderse a lo lejos y parar Dios sabe dónde, atravesando otros caseríos y otras campiñas, más pueblos y nuevos campos.

Pero el trecho que los unía era también un encanto. A trozos abríase paso entre la roca viva, como una zanja; a trozos bordeábanlo castaños corpulentos, añosos, que le daban sombra con la fronda tupida de su ramaje.

Hasta la acequia del pueblo, como si quisiera darle un mayor atractivo con el rumor melancólico de sus aguas deslizándose a saltos por el cauce, se acercaba a él, orillándolo algunos momentos, retirándose luego para de nuevo volver a aparecer y desaparecer, despeinando su caudal cristalino, con estrépito de cascada, en el álveo de un barranco.

* * *

Pues bien, la casa del altozano habitábala el viejo Dámaso. Lo menos cuarenta años hacía que entrara a cultivar la finca como arrendatario de *La Asomada*.

¡Quién lo conociera entonces y lo conoce ahora! Por completo cambiado.

Y no es que la edad pusiera canas en su cabeza y arrugas en su cara. No; a pesar de los años, aun

había fortaleza en sus puños, y en su alma temple para el trabajo más rudo.

Su naturaleza de acero, de una resistencia incalculable. Con sol quemante, bajo la lluvia, allí estaba siempre infatigable en un laboreo sin cansancio.

Lo que había cambiado era su carácter. De mozo no hubo en los contornos hombre más jovial, y su buen humor era conocido y muchas veces celebrado en diez leguas a la redonda.

¡Y cómo improvisaba coplas en los bailes y romances en los casorios!

No había casa en fiesta donde no se le recibiera ni trilla a que no se le invitara.

Sus decires y donaires, al decirse se reían y aun durante mucho tiempo se seguían saboreando.

El cambio había sido radical.

¿Quién, de los camaradas de antaño, los que le acompañaron en romerías y en fiestas y fueron testigos de tantas ocurrencias jocosas, pudiera reconocerlo ahora, roído por una tristeza silenciosa y señalándose por una esquizencia huraña?

* * *

Y lo que es enfermo no estaba. Era una pena íntima, de esas silenciosas que no se exteriorizan nunca, que jamás ponen un grito de queja en los labios ni hacen asomar una lágrima furtiva a los ojos, lo que minaba la existencia apacible del viejo Dámaso.

El tan hablador antes, y hablador con ingenio y cortesía, hasta la conversación rehuía con gesto agriado.

Cuando alguien, al pasar junto a los bardales de *La Asomada*, alcanzaba a verlo, siempre encorvado con la esteva en la mano cuidando la huerta y los predios que cultivaba, gritábale, con la intención piadosa de sacarlo por un instante de su ensimismamiento habitual o con el ladino propósito de revolver curioso en las interioridades, para entablar un rato de charla:

— ¡Eh!. Dámaso... ¿Cómo se portan este año las tierras?

— Dan siempre con la ayuda de Dios.

— Las cuidas como a una novia.

— Se las quiere...

— Y no puedes quejarte. Llenos los graneros, comida para todo el año y buenas monedas en la bolsa. Más de media docena te envidian seguramente.

— ¿Por qué?

— Porque la tuya es casa de trabajo, pero también de regalo.

— Ahí quedará todo, el día menos pensado. Otros vendrán...

Ya es, otras veces, un trajinante que hace alto en el camino, gritando a las caballerías para que paren.

Cansinas de la larga jornada, contentas de descansar un momento a la sombra de los grandes castaños que tienden sus verdes ramas sobre la pedregosa calzada, detiéndense resoplando con ahincoso leitoso.

— ¿Hay agua fresca, Sr. Dámaso?

— Siempre la hay en casa para todo el mundo.

— Este camino cansa.

— Todos cansan...

— Y de aquí a que llegue a la ciudad...

— Se tarda, pero se llega siempre. Al final del camino, hoy o mañana, todos llegamos.

— Luego, ¡con este hato auestas!

— Para andar, ¡más les pesa a algunos el alma!

Los diálogos, cuando a ellos se prestaba Dámaso, eran por lo general cortos y casi siempre sentenciosos de su parte.

* * *

Con los mendigos que, las alforjas al hombro, los pies desollados de las asperezas de las veredas al ir de aldea en alquería y de cumbre en valle, acudían a su puerta extenuados de fatiga o acongojados por el hambre, nunca dejaba de ser caritativo tanto en el socorro como en el consejo, consejos de consue-

lo, de resignación y de mansedumbre ante los rigores de la suerte.

Su tristeza interior se desahogaba en largos y mudos soliloquios:

— ¿Pues qué? ¿No era aquel camino que pasaba por delante de la casa talmente como una imagen de la vida?

Y hasta era de una hermosura engañosa.

Todo iba de paso por allí. Los ganados de vacas, retonzas, desfilaban camino de la ciudad, derechas al matadero.

Y detrás quedaban las hijas. Cuando crecieran, también ellas desfilaban a su vez con igual destino.

Pasaban las recuas cargadas de frutas, frescas, oliendo todavía a campo. Y a lomo de las caballerías, día por día, pasaban aquellos enormes haces de leña, en la que aun se advertía la mordedura del hacha como una herida recientemente abierta.

¿Qué más? Hasta el agua, el agua cristalina que nacía en la fuente próxima, no huía también, cauce abajo por la acequia, saltando cuando encontraba algún obstáculo, riendo y acaso cantando con dulce murmurio, ávida de llegar pronto Dios sabe dónde.

¡Y dejaba la soledad agreste de la sierra, el olor de los tomillos campestres, la sombra amable de los árboles seculares.

Todo iba hacia lo desconocido, como la vida marcha inexorablemente a la muerte.

Y así seguía rumiando sus pensamientos, absorto en ellos como un pequeño filósofo a su manera tosca de hombre rural.

* * *

Con leves variaciones, otras veces afrontaba el tema bajo otros aspectos.

Sentado al pie del roble centenario que vegetaba, muriéndose, en un rincón del patio, cerca de la acequia, allí descansaba de la fatiga del día laborioso; pero su imaginación entonces trabajaba, libre, con incansable empeño:

— El roble, viejo, inútil, como un paralítico, se consumía, secándose interiormente la savia. Pero retoñaría. Otro se alzaría en su lugar. Mas ¿quién había de recordar mañana al que desapareciera? ¿Quién se acordaría ya de que al pie de aquel tronco robusto congregó un día una familia generación tras generación? Los rosales también todos los otoños se secaban y en cada primavera nueva se cubrían otra vez de flores.

Como en la vida. La tierra también es madre.

Y de estas meditaciones, su espíritu, sintiendo todo el vacío de la amarga soledad en que viviera, evocaba los recuerdos familiares.

¡Ah, aquel camino que de *La Asomada* llevaba al pueblo!

Con gusto hubiese tapiado la ventana que sobre él se abría para su tormento.

Hacía años que a ella no se asomaba. No volvería a asomarse nunca.

* * *

¿Qué era el camino más que una imagen de su propia vida?

La primera vez que lo recorrió... Hacía ya cuarenta años.

Era algo así como un viaje de novios. Y ¡qué guapa estaba entonces Mari Pepa!

Acababan de casarse y vinieron a instalarse, como cortijeros, en *La Asomada*.

Ella, garrida con sus veinte abriles, los negros ojos smuy grandes, cabalgaba el alazán, que había servido en los tiempos moceriles de Dámaso, que desde aquel instante se cerraban para siempre, para ir de fiesta en fiesta prodigando sus donaires y gentilezas en los bailes y entre los corros de muchachas dispuestas a aceptar marido.

También el pobre caballo, orgulloso de llevar como en andas aquella hermosura, parecía darse cuenta de que su suerte entraba en un nuevo período.

Igual que su amo. Ya no más fiestas ni más cacaroleos.

Ahora al laboreo paciente, como si él igualmen-

te se viera forzado al reposo de la dulce vida doméstica.

— ¿Qué tal, Mari-Pepa?

— Lindo es el camino. ¡Cuánto árbol!

— ¿Y la casa? Ya verás, ya verás. Me han dicho que es un paraíso.

Y ambos reían, contentos de la felicidad que les aguardaba en aquel rincón donde iban a colgar su nido y donde iban a vivir para siempre el sueño de sus amores.

Era verdad.

La finca era un encanto; la casa, aunque rústica y destinada únicamente a la labranza, parecía verdaderamente un nido escondido entre el verdor alegre de los campos.

— ¿Estás contenta?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Cómo no estarlo? Sí; aquello era la dicha, una dicha que se prolongaría eternamente.

— ¡Y qué manos las de Mari-Pepa! Toda aquella preciosidad del jardín obra suya fué.

Y en el marco de la ventana, encuadrado por la madre selva, a la que se entrelazaban algunos rosales trepadores, ella, con su cara fresca, parecía una flor más.

Cuando ella iba al pueblo, Dámaso atalayaba el camino para esperar su vuelta.

Al divisarla, sus ojos la seguían amorosos paso a paso, impaciente, como si temiese que no llegase nunca.

Cuando un recodo la ocultaba o la escondía el frondoso ramaje de los castaños, sentía una indignación secreta.

— ¡Qué camino! ¡Tan largo!..

— Me asusté. Creí que te ocurría algo cuando pasabas por el castañar, cerca del molino.

— Estaba a la puerta la molinera y nos hablamos.

— ¡Cháchara de mujeres! ¡Válgame Dios! Y yo, pensando en cosas tristes... ¡Como estás así!..

Ella enrojeció un poco, mientras sus grandes ojos negros sonreían.

Mirándose, ambos acabaron por reír. Aquella promesa en cierne sí que era la dicha completa.

* *

Y llegó la bendición del cielo. ¡Un hijo! El bautizó fué un acontecimiento. Cuantos vecinos había por los contornos, en este cortijo y en aquella alquería, convidados fueron a celebrar el fausto suceso.

Y había que ver el cortejo de comadres y de amigos que acompañaron desde el pueblo a *La Asomada* al pequeño ya con las aguas del bautismo. Camino arriba venían cantando.

Desde la ventana, los ojos medio humedecidos por un desmayo de ternura, Dámaso los veía avanzar como si trajeran al muchacho en triunfo.

— ¿Cómo olvidar aquello nunca?

Más que en los ojos, que estaban empañados por leve niebla de lágrimas, la visión inolvidable se quedaba para siempre grabada en lo más hondo del corazón.

— ¡Primeras alegrías paternas que dejan una huella en el alma para toda la vida!

A los dos años la escena se renovaba idéntica.

Ahora era una hija.

Igual cortejo endomingado; la misma alegría esparciéndose en canciones a lo largo del camino.

Parecía ésta la ruta de todas las venturas.

Ya crecidos los chicos, cuando iban a la escuela y al regreso, muy serios, cogidos ambos de la mano, la madre desde la ventana los seguía cuidadosa, mientras que el padre, dejando un momento las labores, asomábase a los bardales para explorar el camino.

— ¡Ahí vienen!

— ¡Ya están por los castaños!

— Como no les salga algún perro...

La madre tímida aventuraba:

— Como Jesusa es miedosa...

Pero al instante el padre, con orgullo, replicábale:



La princesita de los pies descalzos, cuadro de Pinazo Martínez expuesto actualmente en las Galerías Layetanas. (De fotografía J. Vidal.)

— Pero ¡hay que ver el coraje de Periquillo!

* *

Llegaron los adversos días.

La felicidad humana, inconstante como amor de mujer, no dura mucho.

Mari-Pepa se fué. Mejor dicho, se la llevaron.

Con los ojos, ahora verdaderamente cegados por las lágrimas, enrojecidos de tanto llorar toda una noche de dolor, Dámaso vió cómo se perdía ahora en un recodo del camino, de aquel camino tan conocido y hasta amado, la caja negra conducida a hombros de cuatro vecinos, pisando aquel polvo que quince años antes, llevando a lomos la hermosura juvenil de Mari-Pepa, levantara con sus cascos el pobre alazán, ahora envejecido y que, en un rincón de la cuadra, también parecía llorar el dulce bien perdido.

Y cuando el cortejo se perdió de vista definitivamente, Dámaso se abrazó a los chicos. ¡Solos!

Por aquel camino siguieron marchándose todas sus alegrías.

Jesusa casóse. ¿Qué remedio?

Era la eterna ley de la existencia. Ella también hermosa como su madre. Los mismos grandes ojos negros, siempre llenos de risa.

El azar de una fiesta la había puesto en trato con un mozo. Labriego honrado, con un poco de ha-

cienda. Y allá se fué Jesusa, al pueblo distante, a constituir un nuevo hogar.

Dámaso la vió ir con pena. Y cuando se quedó a solas con su hijo, por primera vez pensó que también éste un día u otro lo abandonaría.

Así fué, andando el tiempo. Era mejor correr fortuna.

Pero ¿no estaba ahí el cortijo? El, Dámaso, ¿no había sido feliz cultivando aquellos campos donde con su sudor había enterrado todas sus esperanzas y lo mejor de su vida?

No hubo medio de convencer al muchacho.

Y una buena mañana partió, creyendo no ser visto.

Silencioso, Dámaso desde la ventana lo vió marchar, con el hatillo a cuestas, por el camino abajo, Dios sabe adónde.

¡Solo!

Cerró la ventana, la cerró para siempre como se echa una losa sobre una sepultura.

— ¿A qué ver más aquel camino, el camino de la vida, por donde pasaron las alegrías, pero por donde también vinieron las tristezas?

* *

Volvióse ensimismado y huraño. ¡Quién lo conociera antaño y lo viera ahora! No; no era el mismo.

... Hasta que le llegó su vez. También se lo llevaron como a la pobre Mari-Pepa.

Salvo el pobre roble centenario, que se cayó a pedazos carcomido, los rosales volvieron a florecer en cada primavera y los árboles se cubrieron de hojas nuevas en la eterna renovación de la naturaleza.

Y la acequia, pasando por el patio, continuó deslizándose sus aguas con un murmurio dulce de canción de reja.

Hasta el camino, que desde *La Asomada*, donde otros colonos entraron a cultivar las tierras, conduce al pueblo, continuó polvoriento, con su amable sombra de castaños y su rumor del agua al mover el rodezno del molino; continuó inalterable, con su desfile de seres y de cosas hacia lo desconocido, como si fuese un símbolo mudo del eterno camino de la vida.

OBRAS DE JOSÉ PINAZO

Hijo del ilustre pintor Ignacio Pinazo Camarleng, de cuyo reciente fallecimiento dimos cuenta en el número 1.818 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, José Pinazo Martínez es un artista con personalidad propia cimentada en las valiosas enseñanzas que de su padre y maestro ha recibido.

Sus obras son perfectamente equilibradas: la corrección del dibujo y la armonía y riqueza del color se funden en ellas en un todo acabado, en un conjunto de gran valor estético. Pinazo y Martínez no sacrifican a la pureza de la línea la esplendor del colorido, ni por hacer resaltar los efectos cromáticos descuidan la forma; sino que atiende por igual a estos dos elementos esenciales en toda obra de arte, con excelente sentido de ponderación.

La exposición que celebra actualmente en las Galerías Layetanas de esta ciudad comprende doce cuadros, casi todos de figura, y en cada uno de ellos se advierten las cualidades que dejamos apuntadas. Los tipos de jóvenes valencianas ostentan todos los atractivos que caracterizan a las hijas de aquella privilegiada región; los lienzos que representan niñas tienen una frescura y un sentimiento de inocencia y de ingenuidad que embelesan; y en éstas y demás figuras femeninas, se admiran un vigor de expresión y una naturalidad grandes, avaloradas por una ejecución irreprochable y por una acertada combinación de los personajes con elementos decorativos que prestan mayor encanto a la composición. Seis de estas obras las reproducimos en el presente número y por las reproducciones podrán nuestros lectores comprender que nuestras alabanzas, reflejo de las que han merecido de la crítica y del público, no son exageradas.

José Pinazo, que nació en Roma en 1879 y se dedicó desde muy niño al arte, obtuvo una mención honorífica en la Exposición Nacional de 1895, terceras medallas en las de 1897 y 1899, segundas medallas en la Exposición Universal de París de 1900, en la Nacional de 1912 y en las internacionales de Barcelona y Bruselas, y primera medalla en la Nacional de 1915 por el cuadro *Florca*, reproducido en el número 1.746.



En la pradera



Valenciana



Magdalena

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. - Los franceses han continuado sus éxitos en la región de Verdún, en donde, después de ocupar el fuerte de Vaux, han proseguido su avance y se han apoderado de la totalidad del pueblo de aquel nombre, así como del pueblo de Damloup.

En la región del Somme, han tomado dos nuevas trincheras al Nordeste de Les Boeufs y un sistema de trincheras en el límite occidental del bosque de Saint Pierre Waast; han ganado terreno entre Les Boeufs y Saily; han avanzado en varios puntos en la región al Sur de Le Transloy y al Sur del bosque antes citado; han conquistado la mayor parte del pueblo de Saillisel; y han rechazado ataques en el bosque de Saint Pierre Waast y contra las posiciones conquistadas entre éste y Saily Saillisel, no habiendo, sin embargo, podido impedir que el enemigo ganase algún terreno en ambos puntos.

Los ingleses han rechazado ataques en varios puntos de su frente, especialmente al Este de Gueudecourt, y han hecho algunos progresos en su centro, en una línea de 1.000 yardas, ocupando algunas alturas cerca de la loma de Warlencourt, si bien luego han tenido que abandonar la porción de terreno que en esta parte habían ocupado.

Los alemanes, en la región de Verdún, han evacuado el fuerte de Vaux, después de haber destruido las obras más importantes del mismo, y han rechazado intentos de avance entre dicho fuerte y Douaumont.

En la región del Somme, han dispersado unos destacamentos; enemigos que avanzaban al Nordeste y al Este de Les Boeufs; han reconquistado varias posiciones que habían perdido en Saily Saillisel; han impedido un avance de los ingleses al Norte de Courcellette; y han rechazado ataques en Gueudecourt, en el sector Les Boeufs-Kancourt, al Nordeste de Morval, al Noroeste de Saily Saillisel, en la parte occidental del bosque de Saint Pierre Waast, en La Maissonnette, en Ablaincourt, a ambos lados de la carretera de Chaulnes a Lihons, y últimamente en un frente de 20 kilómetros, desde Les Sars a Bouchavesnes, en donde los franceses, sin embargo, han conseguido una ventaja parcial en la parte Norte del bosque de Saint Pierre Waast.

Teatro de la guerra de Oriente. - Los rusos han tomado algunas trincheras en la región de Pustomity y Otzeff, en dirección a Luzk; han expulsado al enemigo de las trincheras de la orilla occidental del Stochod en donde había penetrado; lo han arrojado asimismo de varios puntos en la región de las alturas de Lipnica Dolna, en donde, sin embargo, han perdido algunos trozos de trincheras avanzadas; han desalojado a los alemanes del pueblo de Mijeika, al Norte de Postava, que aquéllos habían logrado ocupar; han avanzado algo al Sur de Dorna Vatra, ocupando una serie de alturas entre el monte Lamuntelu y el pueblo de Hollo; han rechazado ataques al

Sur de Brzezany; y han tenido que retirarse en la región forestal de Mieczyszezow.

Los austroalemanes han tomado varias posiciones avanzadas al Sur de Witoniz, hacia la orilla izquierda del Stochod; han ocupado la aldea de Moshecki, al Este de Gaduzischi; se

fuerzas alturas de Volkujuk y otras dos al Este de San Grado.

Los austriacos han desalojado al enemigo que había logrado penetrar en una posición entre Vertoyba y Biglia, en el valle del Wippach; y han rechazado ataques en este valle, cerca del Sober, al Sur de Goricia y en la alta planicie del Carso, en donde confiesan haber perdido varias posiciones, pero afirman, en cambio, que conservan todas las de la parte Sur, a pesar de los violentos ataques de que han sido objeto.

En los Balcanes. Frente macedónico. - Los aliados han derrotado a los búlgaros en la orilla izquierda del Struma, conquistando el pueblo de Barakli Dzuma, y los serbios han continuado progresando y rechazando ataques en la región del recodo del Cerna.

Los búlgaros, en la parte oriental del recodo del Cerna, han rechazado a los serbios que habían conseguido algunos éxitos y han rechazado los intentos de avance del enemigo en esta región y al Norte de la montaña Nidge.

Frente rumano. En la Transilvania. Los rusorumanos han conquistado el monte Rosca, perdiéndolo después; han ocupado los montes de Sibiul y de Zetaronin en el valle de Buzeu; han rechazado ataques en la región de Buchetina, en el valle de Prahova, en el valle y en la ribera del Oltu y en la región de Dragoslavele; han realizado considerables progresos en el valle de Jiul; han perdido parte de las trincheras avanzadas hacia el monte Dihumu, al Noroeste de Azuga; y en el valle de Aluta han sido empujados algo hacia el Norte, teniendo que evacuar

las poblaciones de Rakovita y Litschi.

Los búlgaros han rechazado los intentos de los rumanos de reconquistar las alturas perdidas al Norte de Campolung y al Norte de Orsova; han realizado un importante avance entre la carretera de Predeal y el desfiladero de la Torre Roja, ganando terreno y tomando algunas posiciones al Sudoeste de aquel valle y en el sector Sudeste del desfiladero; han recuperado el monte Rosca; han penetrado en una posición enemiga en el valle de Wreder; han rechazado ataques en el desfiladero Altschanzi Predeal, al Oeste del paso de Surduc y al Sudeste de Brasso; y en la región al Este del último punto, han retirado sus líneas, en dos sitios, unos dos kilómetros.

En la Dobrudja no ha habido operaciones importantes. Únicamente un grupo de monitores austrohúngaros ha desembarcado algunos destacamentos en la isla Diun, en el Danubio.

La independencia de Polonia. - Los emperadores de Alemania y Austria Hungría han dictado conjuntamente un decreto en virtud del cual se declara la reconstitución de Polonia como Estado independiente, con corona hereditaria y gobierno constitucional, aplazándose para más adelante la fijación exacta de los límites del nuevo reino. Los dos imperios prometen auxiliar al nuevo Estado para el libre desenvolvimiento de sus fuerzas y expresan que verán con satisfacción que se forme y prospere en su frontera oriental un Estado libre, dichoso y satisfecho de su vida nacional.



En el frente occidental. - Baterías inglesas instaladas en hoyos producidos por explosiones de proyectiles

han apoderado de varias posiciones avanzadas al Noroeste de Molothov, en la orilla oriental del Narajowka; han conquistado algunas posiciones en Lipnica Dolna, varias obras de defensa al Sur de Brzezani, algunas trincheras cerca de Hohorzun y e importantes alturas al Oeste de Folne Krasnolesie, en el valle del Narajowka; han ampliado sus éxitos en la orilla izquierda de este río, conquistando la principal posición rusa situada al Sudeste de Folne Krasnolesie; y han rechazado los intentos del enemigo para recuperar estas últimas posiciones, así como ataques en el Schara, al Sudeste de Stanislaw y en otros puntos.

Italianos y austriacos. - Los italianos han realizado con cumplido éxito una enérgica ofensiva en la zona de Goricia y en el Carso. En la primera, han conquistado extensas trincheras sobre las pendientes occidentales de Tivoli y de San Marcos y en la altura de Sober; y en el Carso, se han apoderado de varias alturas, rebasando en varios puntos la línea enemiga en la carretera de Oppachiasella; han conquistado la importante línea que desde el monte Fauti va a la altura 279 sobre la carretera de Castanjevica, a 700 metros de esta localidad; y han extendido sus posiciones en los sectores al Sur de la carretera de Oppachiasella a Castanjevica. En el valle de Trevignole (Avisio), han tomado una posición fortificada y un observatorio sobre las pendientes meridionales del Borsche; y en el frente de Frigido (Wippach), han tomado las



Conducción de proyectiles para las baterías inglesas. (De fotografías oficiales remitidas por Central News.)



El Presidente de la República y su esposa, acompañados de las personalidades oficiales, visitando en el cementerio de Pantin las tumbas de los soldados muertos en el campo del honor



Los veteranos de la guerra de 1870 delante del monumento del cementerio de Bagneux



LA DE LA ROSA EN LOS LABIOS, cuadro de José Pinazo Martínez

(De fotografía de F. Serra.)



RECUERDO A LAS VÍCTIMAS DEL NAUFRAGIO DEL TRANSATLANTICO «TITANIC»
escultura de Sir José Brook. (De fotografía de Enrique Dixon e hijo, de Londres.)

El vapor *Titanic*, como se recordará, naufragó el 14 de abril de 1912 en el Atlántico por haber chocado con un iceberg flotante, habiendo perecido en la catástrofe más de 1500 personas, entre ellas varios multimillonarios norteamericanos.

El *Titanic* era el transatlántico mayor del mundo; desplazaba 47.000 toneladas, medía 265

metros de largo, 27,75 de ancho y 28,20 de alto, y sus máquinas le imprimían una velocidad de 25,5 nudos por hora. Su construcción había costado 40.000.000 de francos y podía conducir 3.500 personas. Pertenecía a la poderosa compañía inglesa «White Star Line» y efectuaba, cuando ocurrió la catástrofe, su primer viaje de Europa a los Estados Unidos.



Madrid. - Recepción del conde de Romanones en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

Recepción del conde de Romanones en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. - La sesión celebrada en esta Academia para el ingreso como académico de número del conde de Romanones ha revestido gran solemnidad.

Presidió el acto el ministro de Instrucción Pública, quien tenía a su derecha en el estrado al presidente de la Academia D. Alejandro Groizard, al cardenal primado Dr. Guisasaola, a los ministros de Hacienda, Gracia y Justicia y Guerra, y a las académicos Sres. Sanz Escartín y Santa María de Paredes, y a su izquierda al presidente del Senado marqués de Alhucemas, a los ministros de Estado, Fomento y Gobernación, al obispo de Madrid, arzobispo electo de Valencia, Dr. Barrera y a los académicos Sres. Azcárate, Dato y Bonilla San Martín.

Entre la distinguida concurrencia figuraban los académicos, representantes de otras academias y corporaciones, la condesa de Pardo Bazán y otras distinguidas personalidades.

poblaciones; habla de la autonomía y centralización de los municipios; aborda el problema de la propiedad de los municipios y de la municipalización de los servicios; y termina excitando a que contribuyamos todos a sanear la sociedad española, fiando más en el espíritu que en las formas legales, y diciendo que al trabajar por la mejora del municipio, se trabaja también por la salud de la Patria.

Contestó al conde de Romanones el Sr. Santa María de Paredes, quien en su discurso empezó trazando unas notas biográficas del nuevo académico recordando sus trabajos jurídicos, su paso por los más altos cargos públicos y sus aficiones artísticas reveladas en su discurso de ingreso en la Real Academia de San Fernando. «La actividad del señor conde de Romanones - dijo al terminar la exposición de los rasgos biográficos - es asombrosa: cuando ejerce un cargo, muéstrase infatigable en el desempeño de sus funciones, y fuera de él, está siempre atento a

haciendo entrega a los autores agraciados de los premios y accesits que anualmente otorga la Academia, así como de los procedentes de la fundación de D. José Santa María de Hita para la virtud y el trabajo, consistentes en 1.500 pesetas y un diploma cada uno y que este año han sido adjudicados respectivamente a Teresa Martínez y Serrano, enfermera del Hospital del Niño Jesús, que desde la edad de ocho años ha sido el sostén de su familia y el ángel tutelar de los niños acogidos en aquel benéfico establecimiento, y al anciano pastor de Toledo Atanasio González Vallejo, que, después de haber conseguido



El conde de Romanones con Teresa Martínez Serrano y Atanasio González Vallejo, a quienes entregó respectivamente los premios a la virtud y al trabajo de la fundación del Sr. Santa María de Hita.

los primeros puestos de su oficio, siguió trabajando hasta sentirse viejo y luego, para no ser gravoso a sus amos, solicitó la reducción de su jornal para continuar prestando los servicios que pudiera.

Los autores premiados este año han sido: D. Mariano Ruiz Funes, D. Antonio Porras Márquez, D. Hilario Yaben y don Pedro de Lafuente por sus memorias «Derecho consuetudinario y Economía Popular de la provincia en Murcia», «Prácticas de derecho y de Economía popular observadas en la villa de Añora», «Los contratos matrimoniales en Navarra y su influencia en la estabilidad de la familia» y «Derecho consuetudinario: contratos especiales sobre cultivo y ganadería en Aragón.»

Exposición de la Asociación de Artistas Vascos. - En el palacio del Retiro se ha inaugurado una exposición organizada por la joven y entusiasta entidad Asociación de Artistas Vascos, de Bilbao.

La exposición comprende más de 250 obras y abarca todas las manifestaciones del arte, pues, además de pinturas, esculturas y grabados figuran obras de vidriería, esmaltes y otras producciones del arte industrial.



Madrid. - Inauguración de la Exposición de la Asociación de Artistas Vascos que actualmente se celebra en el Palacio de Exposiciones de los Jardines del Buen Retiro

El conde de Romanones leyó un discurso sobre el tema «Vida municipal en España», trabajo notabilísimo, obra de un verdadero erudito e historiador, al propio tiempo que de gobernante que ha participado intensamente en la existencia del municipio y que conoce a fondo los males de que su organización actual adolece y los medios necesarios para remediarlos.

Después de dedicar frases de elogio y gratitud a la memoria de D. José Piernas y Hurtado, cuya vacante ocupa, define el conde de Romanones en su discurso la vida municipal; estudia luego el municipio al través de la historia, en especial en España; señala los vicios de la vida municipal española; ocupándose especialmente en el llamado caciquismo; expone las reformas que, a su juicio, pueden mejorar el funcionamiento de los Ayuntamientos y el desenvolvimiento progresivo de las

la marcha general de la política, sirve cuando puede a sus amigos, cultiva los distritos y provincias en que tiene influencia, y dirige la administración de sus cuantiosos bienes. Es predominantemente un hombre de acción y de lucha, y hállase dotado de aquellas condiciones de saber, ingenio, habilidad, perspicacia, golpe de vista, intrepidez, energía y riqueza que proporcionan el triunfo, así en la paz como en la guerra.»

El resto del discurso del Sr. Santa María de Paredes fue una glosa de cada uno de los puntos tratados en el suyo por el conde de Romanones.

Ambos discursos fueron acogidos con calurosos aplausos. Acto continuo, el ministro de Instrucción Pública impuso la medalla de académico al conde de Romanones, quien, como jefe del gobierno, pasó seguidamente a ocupar la presidencia,



El celebrado pintor José Pinazo, autor de los cuadros que reproducimos en las páginas 729, 732, 733 y 736 del presente número y que figuran actualmente en la Exposición de las Galerías Layetanas. (Fotografía de Novella.)

En la sala de la exposición se darán algunas conferencias públicas por distinguidos literatos, contándose ya para ello con D. Ramón del Valle Inclán, D. José Francés y D. Juan de la Encina.

(Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

EL ABUELO

CUENTO DE A. DOURLIAC, ILUSTRADO POR J. BASTÉ



El Sr. de Lorac lo examinó curiosamente

— De prisa, señora, suba usted.
Y después de pronunciadas estas palabras, abrióse bruscamente la portezuela de un vagón de primera clase.

Empujada por el empleado, una señora joven y tres niños subieron rápidamente y fueron a sentarse en el fondo del coche.
Un instante después, el vapor lanzó sus mugidos

entrecortados, estremeciósela locomotora y el expreso de Marsella se puso en marcha.

No valía la pena de haber comido de prisa y corriendo y de haber tragado de un sorbo la taza de café, fijos los ojos en el indicador de ferrocarriles para llegar a la estación un cuarto de hora antes de la salida del tren.

Haber escogido con tiempo y cuidado el compartimiento; haber distribuido hábilmente los bultos de

mano en las redes y en los asientos, a modo de espantajos que se ponen en los árboles; haber permanecido hasta el último minuto de pie en la portezuela, defendiendo, como el ángel del Señor la entrada de su paraíso terrenal, todo había sido inútil; todas aquellas precauciones no habían sido bastantes a evitar el ver invadido su vagón por aquellos intrusos.

¡Ah, si hubiese colocado bien a la vista cierto cajón de caza con la inscripción diabólica de «balas explosivas»! Seguramente aquella máquina neumática de nuevo género habría hecho el vacío a su alrededor.

Pero no siempre se atina en todo; otra vez sería. Acurrucado en un rincón; hosco de aspecto, con el rostro apoplético que el malhumor encendía aún más, un caballero entrado en años, primer ocupante del vagón, lanzaba miradas furibundas a sus fastidiosos compañeros de viaje, singularmente a los niños.

Las tres lindas criaturas, de las cuales la mayor, un niño, tendría ocho años, y la menor, una niña, dos o tres, contemplaban con sus hermosos ojos las casas blancas, los verdes bosques, los campos dorados y pintados con todos los colores de la paleta celeste, que huían con la velocidad del rayo.

La madre, una señora joven, vestida de luto riguroso y enteramente dedicada a sus hijos, multiplicaba para distraerlos y para conseguir que estuviesen quietos y tranquilos.

«¡Vaya una compañía agradable para quien tanto detesta a los chiquillos como yo!, se dijo para sus adentros el malhumorado viajero. Y menos mal que no viene con ellos ninguna de esas niñeras impertinentes que para entretenerlos recurren a esos cuentos absurdos que me sacan de quicio.»

Despechado y mordisqueando su bigote, el anciano hubiera querido tener algo que reprochar a sus vecinos; pero la prudencia de aquellos niños que, a un signo de su madre, cuchicheaban y murmuraban en voz baja, sofocando sus alegres risotadas, no permitía al viajero arisco desahogar de una vez su malhumor.

¡Paciencia!

* * *

El comandante Guido de Lornec tenía entonces setenta y cinco años, pero tieso y robusto como un roble, apenas representaba sesenta a pesar de su barba y de sus cabellos blancos.

Era un hidalgo de la antigua escuela, rudo y severo con todos y consigo mismo.

Habíase casado en edad un tanto madura y las cualidades exquisitas y la gracia de su esposa, a la que amaba tiernamente, habrían sin duda modificado aquel carácter rígido y altivo; pero su esposa había muerto, Dios la había llamado a su seno sin darle tiempo más que para estampar su último beso en un hermoso y sonrosado niño.

Viudo, después de un año de felicidad, el dolor había hecho al comandante más sombrío aún; y decidido a consagrarse por entero a su hijo, no tardó en abandonar el regimiento y se retiró a Bretaña, a la vieja mansión familiar que las buenas gentes del país calificaban pomposamente de castillo.

Allí, sin recibir a nadie, tachado de original por los propietarios vecinos, habíase dedicado en cuerpo y alma a la educación de su Enrique, a quien adoraba, aunque sin demostrárselo nunca, y lo había educado según sus principios de otra edad.

El niño había crecido, habíase hecho un hombre en toda la extensión de la palabra, sin que el viejo hidalgo cambiase de modo de ser respecto de él.

Ingresado en la marina de guerra, como oficial de gran porvenir, Enrique había conservado para con su padre el mismo respeto filial, la misma tierna sumisión de cuando era niño.

Era a la vez la dicha y el orgullo del anciano.

«A las nueve, Enrique, irás a buscarme al café de París.»

«Está bien, papá.»

Y al dar la última campanada de la hora fijada, abríase la puerta del café y el muchacho se inclinaba ante su padre.

«Así deben ser educados los hijos, decía gravemente contemplando su obra. ¡Así se hacen los hombres!»

Su amigo de la infancia, Duriol, ex capitán de fragata, único que se atrevía a hablar francamente a aquel padre terrible, no participaba siempre de su opinión.

«No tires tanto de la cuerda, porque te expones a que se rompa», decía a veces.

«Un celibatarío como tú, respondíale el comandante, no entiende de estas cosas del espíritu de fa-

milia. Por otra parte, estás imbuído de ideas revolucionarias que perturban tu juicio. Entre nosotros, no sucede así. El señor de Mirabeau, el abuelo de vuestro fogoso y arrebatado tribuno, no permitió nunca a su hijo que le besase siquiera la mano, y este mismo hijo, «el amigo de los hombres» apaleaba al suyo aun después de haber éste pasado de los treinta años.

«Pues no le felicito por el resultado de su proceder. ¿Crees tú que Mirabeau llorase sinceramente a su padre?»

«El respeto es preferible al afecto.»

«En fin, allá veremos, acababa diciendo el capitán.

* * *

Un día llegó una carta del Senegal; el joven oficial decía en ella que, habiendo sido herido en una escaramuza, debía su pronto restablecimiento a los solícitos cuidados de una señora francesa, viuda de un funcionario y madre de una hija adorable.

«— ¡Diantre, mi querido de Lornec!, había exclamado el capitán al oír la lectura de aquella misiva. He aquí una aventura que podría tener grandes consecuencias; Enrique habla de esas damas con un ardor y un entusiasmo que parecen anuncio de un próximo matrimonio.»

El comandante se encogió de hombros:

«— Mi hijo no se permitirá nunca amar sin contar con mi consentimiento.»

Duriol se puso a silbotear, lo que exasperó soberanamente a su amigo.

El correo siguiente trajo una nueva carta de Enrique, en la que el pobre muchacho había puesto todo su corazón.

Enrique solicitaba en la forma más respetuosa el asentimiento de su padre a su proyectado matrimonio.

La respuesta paternal no se hizo esperar: fué seca y rotunda y contenía simplemente la orden de romper inmediatamente toda relación con aquella madre y aquella hija.

El oficial replicó que estaba comprometido, pues habiendo muerto repentinamente del cólera la madre de su joven amigo, él había tenido que declararse más pronto de lo que hubiese querido.

«No debías contraer compromiso alguno, habíale contestado el comandante, sin consultarme previamente. Me niego en absoluto a acceder a tu petición y voy a pedir al ministro que te envíe a las Antillas o a Madagascar.»

Ruegos, súplicas, todo se estrelló contra aquella voluntad de hierro.

Aferrado a sus ideas autoritarias, el testarudo anciano nada quiso escuchar y se volvió más inaccesible aún cuando el almirante se negó cortésmente a trasladar a Enrique como aquél solicitaba.

Finalmente en una carta última, tan enérgica como respetuosa, el joven marino, teniente ya a consecuencia de un nuevo hecho de armas, declaraba a su padre que había dado su palabra y le suplicaba que no le obligase a desobedecerle por vez primera en su vida.

El Sr. de Lornec quedó petrificado ante tamaña audacia; y cuando se hubo repuesto de su estupefacción, sentóse a su escritorio y, con mano que la cólera hacía temblar, escribió a su hijo la siguiente lacónica carta:

«Caballero, un hombre de honor no debe, en efecto, faltar a la palabra empeñada. Cátese usted, puesto que la ley le permite aquello que le prohíbe su padre; pero acuérdesse de que nada hay común entre los dos. A partir de este momento, ha muerto usted para mí; que nunca vuelva yo a oír hablar de usted ni de los suyos.»

Desde entonces, reclusóse enteramente en su soledad y no recibió a nadie, ni siquiera a su antiguo amigo Duriol, aquel profeta de la desgracia.

Su única compañía era José, que había envejecido a su lado, habiéndole servido primero de asistente y después de ayuda de cámara, y que respetaba el religioso silencio en que se había encerrado su amo y que sólo turbaban los monosílabos obligados del servicio.

Todas las tentativas de reconciliación habían fracasado ante aquella obstinada resistencia. El comandante rechazaba implacablemente todas las cartas de su hijo.

Un día recibió una de escritura desconocida; abrióla y habiendo leído la firma «Juana de Lornec», volvió a cerrarla tranquilamente y se la devolvió al cartero diciendo que no era para él.

A fin de evitar que este incidente se repitiese, dió orden a su viejo criado, investido de toda su confianza, de que, en lo sucesivo, abriese su correo y

arrojase al fuego las cartas que él no quería leer.

A partir de aquel día, no se pronunció más el nombre del hijo rebelde y alejóse de la vista del padre todo cuanto pudiese evocar su recuerdo.

El joven teniente, por su parte, profundamente ofendido por la injuria inferida a su amada compañera, no hizo ninguna tentativa más y limitó su correspondencia a los deberes de estricta cortesía; participaciones de sucesos familiares, tarjetas de los días de santo y de cumpleaños que el pobre José, lleno de tristeza, pero esclavo de su consigna, arrojaba al fuego, acompañándolas con un profundo suspiro.

* * *

— Deje usted, señora, que esos niños se muevan un poco, dijo nuestro viajero con acento amable y retirando los numerosos paquetes que había instalado delante de él, a modo de fortificaciones; el trayecto es largo y sus piernecitas deben entumecerse.

— Gracias, caballero; temo, sin embargo, que molestarán a usted.

— ¡Nada de esto! ¡Si parecen unos santitos!

Alentada por su sonrisa y por sus amables palabras, la mayor de las niñas habíase acercado a aquel «señor», que hasta entonces le había parecido un ogro.

— ¿Cómo te llamas?, preguntóle el anciano.

— Me llamo Margarita; mi hermano se llama Pablo y mi hermana Lina.

— ¿Y tú, muchacho, cuántos años tienes?

— Ocho; y Margarita cinco y Lina dos. ¿No es verdad, Lina?

Y al decir esto reíase deliciosamente tratando de hacer reír a la pequeñuela.

— Mucho debe darle que hacer esa tropa menuda, señora, dijo el viajero dirigiéndose a la dama.

— ¡Oh, no, señor! Ya estoy acostumbrada; yo misma los he criado y educado y nadie más que yo se ocupa en ellos.

— Y veo que sabe usted viajar.

— Siendo esposa de marino, he aprendido en buena escuela.

— ¡Ah!

Con esta exclamación puso término al diálogo el comandante, que recostándose en un rincón fingió dormirse.

No dormía, sin embargo, sino que contemplaba vagamente a los tres niños.

También él habría podido tener nietos si no hubiese tenido un hijo ingrato, rebelde; su vejez solitaria y triste habríase reanimado junto a aquellos alegres niños, al paso que ahora vivía solo y solo moriría.

¡Cuántas decepciones en la vida!

Dios era, en verdad, demasiado indulgente con los hijos desnaturalizados que olvidan el respeto debido a las canas de su padre.

Ahora los pequeños cenaban y sus dienteillos devoraban aquel improvisado festín. Para ellos aquel día lo había sido de comiditas, cosa mucho más agradable que la comida en la mesa.

Y el anciano contemplaba con ternura aquellas cabecitas rubias, aquellas mejillas sonrosadas, y a aquella madre solícita que se ocupaba en ellos sin cesar, como una llueca en sus polluelos. ¡Encantador cuadro que le hacía interesarse cada vez más por sus compañeros de un día!

«¿Por qué exponerlos a un viaje tan largo y tan cansado?, pensaba el comandante. ¿Sería una excursión de lujo, de placer? No puede ser esto porque viajan con mucha sencillez, sin camarera, sin aya, y paréceme que se han impuesto un gran sacrificio para emprender este viaje. Pero ¿qué van a hacer en Marsella, en esta estación tórrida en que todo el mundo huye del sol? Únicamente un gotoso como yo puede encontrar mi Bretaña demasiado fría aun en pleno verano.»

«Quizás van a esperar al padre que regresa de mares lejanos; pero aquella señora joven, enlutada, aquella gran tristeza, aquellos ojos enrojecidos por el llanto ¿no parecen indicar que se trata de una viuda?»

Y el tren corría a todo vapor en medio de la noche, mientras la madre, una vez terminada la cena, se disponía a acostar a sus hijos.

El anciano había bajado ya las cortinillas y corrió la tira azul que sirve para tamizar la vacilante luz de la lámpara y se había cogido al muchacho arrojándolo en su manta e instalándolo enfrente de él, en tanto que la madre se ocupaba en las dos niñas.

— Caballero, ¿por qué se molesta usted? Colocando así al niño no podrá usted estirar las piernas; y usted también necesita descansar.

— No se preocupe usted por mí, señora. ¿Cree usted que he tenido siempre una cama tan buena como ésta? Un viejo soldado está acostumbrado a las camas duras. ¿No es verdad, Pablo, que no te doy miedo y que estaremos muy bien uno cerca del otro como dos buenos amigos?

En esto, cruzó un tren, rápido como un relámpago y con un ruido sordo de trueno.

Pablo precipitóse a la portezuela para seguirlo con la vista y en aquel brusco movimiento salió de su camiseta de marinero una medalla que llevaba colgada al cuello.

El Sr. de Lornec la examinó curiosamente.

— ¿Qué medalla es ésta?, preguntó.

El niño, sorprendido por la alteración de la voz del anciano, lo miró fijamente y respondió:

— Es un medallón que procede de mi padre y que yo llevo ahora porque soy el primogénito. Pero no hay que hablar de él a mamá, añadió bajando la voz y poniéndose el dedito delante de la boca, porque le causaría pena.

Un momento después, el niño, rendido por el sueño, dormía profundamente.

* * *

El anciano, con la frente apoyada sobre el cristal de la ventanilla, sentía que las lágrimas se deslizaban a lo largo de sus mejillas y caían en su barba blanca.

¿De modo que aquella joven madre era la mujer que él había rechazado, y aquellos querubines eran sus nietos?

Reconocía aquel medallón con el mechón de cabellos rubios, cabellos de su esposa... Pero ¿su hijo, su hijo?..

Y un dolor punzante le oprimía la garganta y le torturaba el corazón.

¡Sí, su hijo debía haber muerto allá, en apartadas tierras, lejos de él, sin su bendición, sin su perdón!

¡Muerto! ¿Era posible?

Todo, por desgracia, así lo demostraba: las inocentes palabras del niño, las de la misma madre y sobre todo la actitud de ésta en aquel momento. Apoyada en un ángulo del vagón, mientras los niños dormían, la pobre señora llevaba continuamente el pañuelo a los ojos.

¡Pobre Enrique! ¿Y cómo habría muerto?

Seguramente como un Lornec, allí, en su buque, en el puente; o al frente de sus fusileros en alguna emboscada de salvajes; o arrebatado por alguna terrible enfermedad, rodeado de su esposa y de sus hijos anegados en llanto y buscando en vano al padre que había renegado de él para confiarle a los huérfanos, ninguno de los cuales llevaba el nombre del abuelo.

EL FONDO DEL ALMA

Fué una de esas noches en que la cama se convierte para uno en un potro de tormento. El sueño huye de los párpados, negándole al cuerpo, cansado de la cotidiana fatiga, el necesario reposo. Y el insomnio febril revolotea por la estancia, preñado de alucinaciones dolorosas, de ideas insanas, de pensamientos hiperbólicos, comunicándole al cerebro palpitaciones de émbolo y a la sangre ardores de fragua. Hacía ya tiempo que pugnaba por ahondar en el alma de una mujer que me volvía loco. ¡Empresa vana! Seguía para mí muda, impenetrable... Como el destino, como el mar, como el cielo, como el abismo, como la muerte.

Amanecía cuando me dormí. Y soñé que Dios, en castigo de mi insensata locura, me había otorgado el más espantoso de todos los dones: el de poder penetrar en el fondo de los espíritus y sorprender sus más recónditos pensamientos. Salí a la calle armado de mi terrible don. No sé qué destellos llevaba en mi frente, qué resplandores en mis ojos, qué sonrisas en mis labios, que la gente se volvía al verme pasar. Y yo les arrojaba una mirada rápida, inquisitiva, y leía en el fondo de sus almas como en las páginas de un libro abierto.

¡Qué poder tan grande me sonreía! Dueño de los secretos de los hombres, iba a escalar todas las cumbres, a cernirme sobre todas las alturas, a rasgar todos los horizontes. Dominador soberano, derribaríanse a mi voz las frentes más altivas; las voluntades más ásperas y soberbias quebraríanse en mis manos, que iban a dictar leyes a todos los pueblos del mundo. ¿Y ella?.. Saboreaba de antemano mi triunfo. Por fin, iba a rasgar todos los velos que me encubrían a aquella Isis misteriosa; a entrar en su alma; a iluminar con el poderoso foco de mi mi-

Una niña se llamaba Margarita, como la esposa amada que le había dado un año de felicidad, el único de su vida.

¡Oh, si ella hubiese vivido! Nada de esto habría pasado, porque no habría permitido que el padre y el hijo se separasen nunca, sino que habría retenido sus dos corazones al lado del suyo.

Pablo, Lina, los nombres de los otros dos abuelos, sin duda; de los abuelos maternos, de los cuales se hablaría frecuentemente a los niños con cariño y respeto.

En cambio, ¿conocían siquiera el nombre de él? ¡Y todo había concluido! ¡Su hijo había muerto! ¿Pero era posible?

Sí; ahora recordaba que hacía algunas semanas el cartero había entregado a José una carta con sobre de luto que, como las demás, no le había sido entregada.

Ahora comprendía el aspecto trastornado del viejo servidor. ¡Pobre José! Lloraba a su joven amo, a aquel a quien, siendo niño, había llevado en brazos y distraído.

¿Y él, qué había hecho aquel día?

¡Estaba de caza! De fijo que no dedicó ni un pensamiento ni un recuerdo al ausente.

Ahora también él lloraba, en el vagón, al lado de la viuda.

«¡Oh, Dios mío!, exclamaba para sus adentros. Nos obstinamos, no queremos ceder, abrir los brazos al hijo a quien por lo bajo lloramos, y luego viene la muerte solapada, nos lo arrebató y ni siquiera sabemos cómo, dónde y cuándo ha muerto.»

«¿No es terrible la situación de un padre a quien la casualidad entera de este modo de la muerte de su hijo?

«Quería interrogar, mas no se atrevía a hacerlo por miedo de ver trocada en certidumbre la duda horrible.

«Y sin embargo, es preciso que lo sepa... Su hijo muerto; la pobre viuda sin fortuna, sin arrimo de nadie, vuelve a su país, allá lejos, en donde encontrará una familia que no la rechazará.»

«¡Pero no será! ¡Yo lo impediré! A mí me corresponde reemplazar al padre, ser ahora su sostén. ¡Yo les abriré mi corazón y mi casa de par en par, y ellos cerrarán mis ojos!

«¿Consentirán ellos, sin embargo? ¿Lo querrá sobre todo ella, esa joven tan cruelmente ofendida? ¡Oh, si es preciso me humillaré! No quiero separarme de ellos, no los dejaré partir.»

Terminó la noche que había sido muy cruel para el anciano desolado y para la joven dama entregada a sus recuerdos.

Quebrantados por el cansancio y por la emoción, al fin uno y otra se durmieron cuando comenzaba a clarear el día.

Un choque violento los despertó: habían llegado a Marsella, término del viaje.

La madre arregló de prisa a sus hijos, mientras el comandante, ágil y activo como si tuviera veinte años, les ayudaba a bajar del vagón.

— ¡Juana!

— ¡Enrique!

Un hombre de rostro atezado y marcial porte, con una roseta encarnada en el ojal, recibió a la joven dama en sus brazos y luego lanzó un grito de sorpresa:

— ¡Mi padre!

— Sí, caballero, dijo el comandante tratando de aparentar un tono de severidad.

Pero, en seguida, emocionado, vencido por la alegría, sintiendo que su corazón se ablandaba después de las punzantes inquietudes de la noche, exclamó sin poder contenerse:

— ¡Enrique, mi amado Enrique!

Y le abrazó apasionadamente.

Los abrazos prolongados retardaron las explicaciones, pero de pronto Enrique preguntó vivamente:

— ¿Y Guido? ¿Dónde está que no le veo?

Apoyada en el pecho de su esposo la pobre madre sollozaba.

— ¡Nuestro pobre Guido!.. ¡No fué culpa mía!.. ¡Dios se lo llevó!.. Murió del crup...

El padre púsose lívido y se irguió para no caer, procurando, a pesar de aquel cruel dolor, encontrar una palabra de consuelo para Juana.

— Hijo mío, dijo con voz temblorosa el anciano comandante, cuyo rostro se había alterado profundamente. ¡Bien castigado estoy! Sufro más que tú y con gusto daría la poca vida que me queda para besar siquiera una vez a ese hijo vuestro que llevaba mi nombre.

Ocho días después, la vieja mansión, vacía y desolada desde hacía tanto tiempo, alegrábase con los gritos y la algazara de los niños.

Enrique, a quien una herida gravísima había obligado a pedir el retiro y que regresaba a Francia apenas curado, había ido a instalarse con su esposa y con sus hijos al lado del anciano a quien ya no debía abandonar.

Al año siguiente otro pequeño Guido hizo revivir la sonrisa en los labios del abuelo, pero éste no olvidó nunca al primogénito, a aquel a quien no había conocido.

Y cada mañana, mientras vivió, fué al pequeño cementerio de la aldea deteniéndose largo rato delante de una lápida blanca en la que se leía:

Guido Rogerio de Lornec
muerto a la edad de diez años
llorado por su padre y por su madre
y sobre todo por su abuelo.

rada todas sus lobregeces; a saber al cabo si era urna sagrada de amor y de ternura o vaso vil, en cuyo fondo se agitaran todas las heces de la concupiscencia y del delito. Estaba en un palco del Real; tan bella, tan deslumbradora como siempre.

Entré, y al volverse para mirarme, me envió en una sonrisa todo el esplendor de la hermosura de su boca fresca y juvenil. La miré y al fulgor de mi mirada, imperiosa y audaz, noté que se estremecían levemente sus hombros de nácar. Fascinada, aterrada, trémula, me fué entregando uno a uno todos los secretos de su alma. No me amaba. Aquella soberbia estatua de carne no se amaba más que a sí misma. No amaba más que el lujo, el boato, la riqueza, la ostentación. Por eso me elegía a mí. Pobre, no me hubiera otorgado ni la más dura de sus miradas ni la más burlona de sus sonrisas.

Salí, para no estrangularla. Sin saber cómo, me hallé en el cuarto del tenor. Era su beneficio. El camerino estaba lleno de regalos. Los había sobre la mesa, en el diván, sobre las sillas, hasta en el suelo. Parecía aquello un bazar improvisado.

Y más que el cuarto de regalos, estaban llenos de elogios los labios de sus admiradores y amigos. Recibíalos el tenor con una sonrisa almibarada, con los ojos distraídos, como fijos en un punto imaginario del espacio. La veía a ella, a la bella aristócrata que acababa de mandarle, al través de sus gemelos de nácar, los efluvios de su admiración, en que entraba más la atracción hacia el hombre que hacia el artista. Y él era digno de ella. Como su infame admiradora no tenía noble más que la figura. Era un aventurero. Me apresuré a salir del cuarto de aquel italiano meloso y femíneo, con alma de sátiro y garganta de ruiseñor. Me encontré a mis mejores amigos. No sólo me calumniaban a sabiendas, sino que me envidiaban cuanto tenía; mi figura aristocrática,

mi corona de marqués, mis rentas cuantiosas, el fausto de mis trenes, ¡hasta aquella mujer inicua a la que acaba de escupir moralmente al rostro con la baba de mi desprecio! Y me encontraba a otros falsos, vulgares, hipócritas, fríos, egoístas, solapados, rastreros, calculadores, sin fe, sin alma, sin patria, sin Dios, sin honor... Y huí... huí. ¿Dónde refugiarme? ¡Dios mío!

Me arrojé en los brazos de mi madre. ¡Qué mejor refugio! Sí, ella me dió el ser con desgarramiento de sus entrañas... Me amó mucho... Me cuidó mucho... Sufrió mucho por mí de niño... y de hombre también. Sólo ella podía consolarme. Y lloré, lloré en sus brazos, protegido por el nimbo santo de su nivea cabellera. Pero tuve que vivir de nuevo entre los hombres, que con la visión terrible de mi espíritu se me hicieron insoportables y odiosos. Sentía en torno mío una soledad espantosa; en todo mi ser un desconsuelo infinito. Y empecé a temer por mi razón.

Era una hermosa noche. Las calles, solitarias a aquella hora, aparecían amorosamente bañadas por la luz de la luna.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!», gritaba yo a voces como un loco. «¡Arráncame este don espantoso, porque con él me es imposible la vida!»

De pronto, sonó un tiro, y rodé por tierra en medio de un copioso charco de sangre.

La fuerza de la pesadilla me despertó. Me eché al suelo y abrí los postigos de mi balcón. Los rayos del sol naciente doraban las cúpulas de San Jerónimo, y el cimborrio de la iglesia de Jesús. Y yo pensé: «¡Ah!, sí; más vale el engaño piadoso, la dorada mentira, la feliz ceguera en que vive el hombre; porque hay almas tan negras, que al asomarse a su fondo, se aspira el olor nauseabundo del cubil de la fiera en el desierto!»

JOSÉ PABLO RIVAS.

MADRID. — PRESENTACIÓN DE CREDENCIALES DEL PRIMER EMBAJADOR DE LA REPÚBLICA ARGENTINA EN ESPAÑA

Recientemente fué elevada a la categoría de embajada nuestra representación diplomática en la República Argentina, y el gobierno de aquel Estado sudamericano correspondió a la atención de España haciendo lo propio y nombrando como primer embajador al que hasta ahora había sido su ministro, el Dr. Marco M. Avellaneda.

En el número 1.664 de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA, con motivo de haber sido entonces nombrado representante de la Argentina en España, expusimos algunos datos biográficos del ilustre diplomático, dijimos cuán altas dotes de inteligencia y de carácter le adornaban, y señalamos el profundo cariño que sentía hacia la nación española.

Estas altas dotes y este cariño se han visto plenamente confirmados en los tres años durante los cuales ha ejercido su importante cargo el Dr. Avellaneda, quien ha trabajado incesantemente y con el éxito más satisfactorio por estrechar los lazos de afecto y las relaciones económicas entre su país y el nuestro.

En el orden social, el ilustre diplomático se ha conquistado por su gran cultura y su afable trato las simpatías de cuantos le conocen, y por sus gustos refinados y sus aficiones literarias y artísticas ha contraído vínculos de sincera amistad con los más prestigiosos elementos intelectuales.

Dados estos antecedentes, no es de extrañar que su nombramiento de primer embajador de la República Argentina en España haya sido acogido con gran satisfacción no sólo en los centros oficiales y en los círculos de la alta sociedad madrileña, sino también por todos los que se interesan en el fomento de las relaciones entre ambos pueblos, así en el orden económico como en el espiritual.

El acto de la presentación de credenciales del Dr. Avellaneda, efectuado el día 3 de este mes, revistió gran solemnidad.

El ilustre diplomático se trasladó al Regio Alcázar acompañado del primer introductor de embajadores D. Emilio Heredia, en la carroza de «Tableros dorados», rodeada por una sección de la Escolta Real; en otra carroza iban el consejero de la embajada Sr. Moreno, el secretario Sr. Alvarez y el agregado militar coronel Sr. Gutiérrez.

La comitiva entró por la Plaza de Armas, en donde estaban formadas las fuerzas encargadas de tributar los correspondientes honores; y el Dr. Avellaneda subió por la gran escalera, a cuyos lados daban guardia los alabarderos, y se dirigió al Salón del Trono, en donde esperaba el Rey, acompañado del gobierno, de las clases de etiqueta, etc.

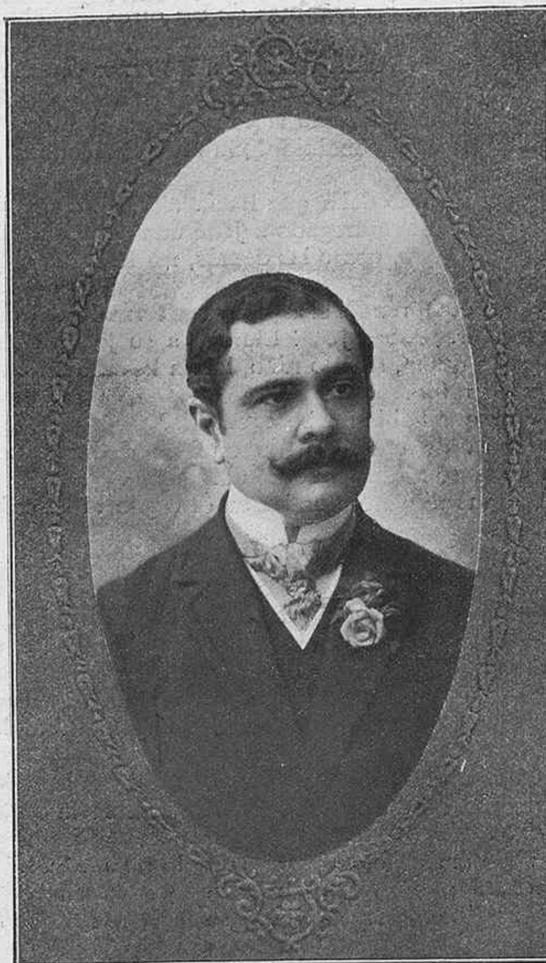
Con la venia de S. M., el Dr. Avellaneda leyó un hermoso discurso, en el que después de un breve y sentido exordio, dijo:

«Permitidme, señor, que en algo me substraiga a las rígidas prácticas protocolares. El hecho que solemnizamos es nuevo, excepcional, y se resiste a ser traducido en las formas habituales de la etiqueta diplomática.

«A mi Gobierno, a mi pueblo, no se le oculta la espontaneidad del insigne honor que hoy retribuimos, y entiendo cumplir un mandato directo de la voluntad nacional presentándoos, señor, el agradecimiento de los argentinos para que llegue por altísimo y seguro conducto a toda la Nación española con la que estáis tan sinceramente identificado por la armoniosa culminación en Vuestra Majestad de virtudes e idea-

les en los que arde la llama del mismo amor y la pasión de una misma gloria.

»Generosa iniciativa que estimamos en su nobilísimo signi-



Dr. Marco M. Avellaneda
primer embajador de la República Argentina en España
(De fotografía de Bradley & C.)

ficado y que unifica la acción histórica de España, que después de abrirse las venas para crear un pueblo de hijos de su sangre, era, sin duda, la llamada a darle, con soberanía in-

discutible, el *espaldarazo*, discerniéndole el más prestigioso rango y tratamiento en las relaciones internacionales y cortesías diplomáticas.

»Nueva jerarquía que no reconoce un derecho ni se concede ante una fuerte vanidad, que tampoco aumenta la talla juvenil de mi nación, pero que exterioriza un gran cariño, la feliz intimidad de la familia hispano argentina y es poderoso estímulo para un pueblo que apenas cuenta cien años de vida propia.»

Aludió luego al viaje que hace algunos años realizó a la Argentina S. A. la Infanta D.^a Isabel, calificándolo de suceso histórico que enaltece y obliga más a consolidar la penetración espiritual y económica entre ambas naciones; manifestó que al tratado de arbitraje recientemente firmado en Buenos Aires han de seguir inteligencias arancelarias y convenios comerciales; expresó el propósito del Gobierno argentino de estrechar los vínculos de consanguinidad persistentes en los hogares españoles y argentinos y de activar el progresivo desarrollo comercial entre ambos países, y terminó diciendo:

«Señor, al presentaros el saludo del Gobierno y pueblo argentinos, formulo sentidos votos por que se realicen vuestros nobles anhelos y trascendentales propósitos, porque sé también que desear su realización es desear el engrandecimiento de España y la paz del mundo.»

En su discurso de contestación, S. M., explicando el significado de la elevación de la representación diplomática española en la Argentina, dijo:

«Ya en época no remota, aquel viaje de una persona de mi Real familia, a la que acabáis de tributar elogios que con toda el alma os agradezco, pudo demostrar entonces cuán grande era nuestro afecto y prueba podrá pareceros ahora de que no ha sido espontánea, sino lentamente preparada, la concesión del honor que con exceso encarecéis...»

»No significa la nueva jerarquía de nuestra representación diplomática ni reparación de olvidos que nunca existieron, ni intentos de aumentar prestigios de sobra afirmados por el propio esfuerzo; sólo la iniciación del propósito firme que anima a nuestro Gobierno de abrir una época de mayor actividad en el intercambio de nuestras ideas, de nuestros afectos y de nuestros productos a través de los mares que se atrevieron a surcar antes que nadie los que fueron de vosotros y nosotros padres a los ojos de una Europa que no pudo soñar hasta entonces que hubiera en el mundo tales tierras, ni en los hombres tal valor.

»Desea España estrechar con vosotros toda suerte de lazos, lo mismo aquellos que pueden fundir los espíritus que los que son aptos a despertar intereses materiales. A todo iremos con ayuda de Dios, convencidos de que los arrebatos líricos no bastan a unir sólidamente a los pueblos modernos si no van acompañados de empresas que enriquezcan.»

Anunció después S. M. los propósitos del Gobierno de concertar cuantos convenios e inteligencias se consideren necesarios y terminó expresando la seguridad de que el nuevo embajador sabrá cooperar a esta obra de amor y progreso.

Hecha entrega de sus credenciales, el Dr. Avellaneda conversó larga y cariñosamente con el Monarca, que tanto le estima, y después de ofrecer sus respetos a SS. MM. las Reinas D.^a Victoria y D.^a María Cristina, se retiró de Palacio.



Aspecto de la Plaza de la Armería al salir de Palacio la comitiva después de presentar el Dr. Marco M. Avellaneda sus credenciales a S. M. (Fot. de nuestro reportero J. Vidal.)

BARCELONA. SALÓN PARES. - CUADROS DE DOMINGO SOLER. (Fotografías de F. Serra.)



Galerías del Llobet

Los cuadros de Domingo Soler que en esta página reproducimos revelan en su autor una admirable percepción del natural. Son dos notas hondamente sentidas y avaloradas por una ejecución sobria, en la que el pintor no ha buscado el efecto por medios artificiosos, sino trasladando al lienzo con una sinceridad digna de las mayores alabanzas los bellos espectáculos que han contemplado sus ojos.

En ambos lienzos palpita el alma de la naturaleza, y ambos se caracterizan, además, por la verdad y la armonía del colorido que se manifiestan en hermosos contrastes de luz y sombras y en luminosidades impregnadas de poesía.

Cuanto han visitado el Salón Parés han dedicado mercedos elogios a los cuadros que en él tiene expuestos el Sr. Soler.



San Esteban de Navarces

MELILLA

EXPOSICIÓN DE PINTURAS DE JOSÉ M. DE BURGÓS

En el salón de actos de la Cámara de Comercio se celebra actualmente una exposición de obras pictóricas del notable artista José M.^a de Burgos, que en el corto período de un año ha pintado varios cuadros dignos de elogio.

Figuran en dicha exposición los retratos de personalidades muy conocidas en Melilla, tales como el Comandante general Sr. Aizpuru, D. Pablo Vallescá, D. Roberto Cano, D. Alberto S. de Lorenzana, don Jaime Tur, D. Constante M. de Mendiluce, D. José Ferrín, D. Tomás Segado, D. Luis Mascías y D. Rafael Fernández de Castro.

Hay, además, en ella un dibujo al pastel que representa al periodista melillense D. Manuel Ceballos, una copia de Goya y dos bellísimos lienzos titulados *Cromatismo* y *Sinfonía azul*.

La exposición es muy visitada y el Sr. Burgos ha recibido muchas y muy entusiastas felicitaciones.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN POR AUTORES O EDITORES.

MISCELÁNEA, por Juan Valera. — Formando el tomo XLV de las «Obras completas de Juan Valera» se ha publicado el volumen primero de la *Miscelánea* que contiene interesantes artículos sobre diversas materias escritos entre los años 1859 y 1884 por el insigne polígrafo y entre los cuales figuran los titulados *Apología de las corridas de toros*, *En defensa del Teatro Real*, *Un poco de eremática*, *De la perversion moral de la España de nuestros días*, *Una expedición al monasterio de Piedra*, *Sobre la conservación de los monumentos árabes de Granada* y *Sob e la adopción del meridiano de Greenwich*. Un tomo de 344 páginas, impreso en Madrid, en la Imprenta Alemana; precio, 3 pesetas.

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD, por J. Guibert, traducido de la octava edición francesa por J. de Dios S. Hurtado. — Esta obra cuyo mayor elogio queda hecho con el número de ediciones que de ella se han publicado en poco tiempo, es altamente recomendable por la sólida doctrina ortodoxa y la autoridad indiscutible de su autor, Superior del Seminario del Instituto Católico de París. Este libro, necesario para los padres, educadores y directores de almas, es asimismo de gran utilidad para la juventud, que hallará en él valiosos consejos

para promover y vigorizar los nobles y justos impulsos. Un tomo de 110 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, una peseta.

PARQUES NACIONALES. PROPOSICIÓN DE LEY Y DISCURSOS PRONUNCIADOS POR LOS SRES. MARQUÉS DE VILLAVICIOSA

ción y, cuando fuese hacedero, en todos los de habla castellana para el fortalecimiento de la personalidad y hermandad de los pueblos antillanos y de todos los de la raza y lengua madre en el mundo. La enunciación de este propósito basta para comprender los altos fines que la Academia se propone y para que aplaudamos a los que con tan buen acuerdo la han creado. Un folleto de 16 páginas impreso en San Juan de Puerto Rico, en la Tipografía Mercantil.



Melilla. — D. José M.^a de Burgos, notable pintor que tiene actualmente expuestos varios cuadros en la Cámara de Comercio (De fotografía de Lázaro.)

CIOSA DE ASTURIAS Y CONDE DE ROMANONES EL 14 DE JUNIO DE 1916. — El discurso que en defensa de su proposición de Ley para la creación de parques nacionales pronunció en el Senado el marqués de Villaviciosa de Asturias es un elocuente alegato en pro de la conservación de nuestras riquezas y bellezas naturales apoyado por los múltiples ejemplos que nos dan otros países. La contestación del conde de Romanones es una prueba de la buena intención del gobierno en este asunto de tanto interés para nuestro país. Ambos discursos han sido reunidos en un folleto de 22 páginas impreso en Madrid en la imprenta de Ramona Velasco, viuda de P. Pérez.

ESTATUTOS DE LA ACADEMIA ANTILLANA DE LA LENGUA, PROPUESTOS POR EL DR. D. JOSÉ DE DIEGO Y APROBADOS EN LA SEGUNDA ASAMBLEA GENERAL DE LA UNIÓN ANTILLANA, SECCIÓN DE PUERTO RICO, EL 8 DE ABRIL DE 1916. — El propósito principal de esta Academia es perseguir la unidad, conservación, pureza y enriquecimiento del idioma vernáculo en los países comprendidos dentro de su jurisdic-

industria eléctrica se refiere, justifican el favor que los técnicos y el público en general vienen dispensándole. Un tomo de 288 páginas con 171 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas en rústica y 4 encuadernado en tela inglesa.

CONTESTACIÓN A LA EXPOSICIÓN PRESENTADA AL EXCELENTÍSIMO SR. MINISTRO DE FOMENTO POR LA COMISIÓN DE ENTIDADES ECONÓMICAS DE ZARAGOZA. — Las compañías de ferrocarriles del Norte de España y de Madrid a Zaragoza y a Alicante han publicado la contestación que dan a las reclamaciones formuladas por las entidades económicas de Zaragoza ante el Ministerio de Fomento. Ni la índole del asunto ni el carácter de esta sección nos permiten emitir un juicio sobre el fondo de la cuestión de que se trata; nos limitaremos, pues, a decir que la contestación de las compañías es una impugnación de todos los puntos objeto de aquellas reclamaciones. Un volumen de 184 páginas impreso en Madrid por la Sociedad Española de Artes Gráficas.

LA GALERÍA SIGLO XVII DE ANTIGUOS MAESTROS (CALLE 23.^a, OLD BOND STREET). LONDRES

Gracias a la Guerra podemos ofrecer cierto número de cuadros auténticos de primeros maestros, a precios muy aceptables.

Buenas adquisiciones.

Correspondencia.

Se invita a la inspección.



HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos sexuales, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el VIGOR SEXUAL KOCH de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El VIGOR SEXUAL KOCH se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de DEBILIDAD se pida a la CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España) el GRAFICO SEXUAL, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE Curadas por el El más activo y económico, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14 R. Beaux-Arts París.



EL INGENIOSO HIDALGO

Don Quijote de la Mancha

COMPUESTO POR D. MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Suntuosa edición dirigida por D. Nicolás Díaz de Benjumea e ilustrada con una notable colección de oleografías y grabados intercalados en el texto por D. Ricardo Balaca y D. J. Luis Pellicer

Dos magníficos tomos folio mayor ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino y canto dorado. — Su precio 200 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — Hay un número reducido de ejemplares impresos sobre papel apergaminado y divididos en cuatro tomos al precio de 400 pesetas ejemplar.

Montaner y Simón, Editores, Barcelona

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS